

dos metros de envergadura. La vimos caer de pronto como una flecha, como para coger del suelo algo que se la escapaba, y echó mano á los gemelos para averiguar lo que era. En el momento de mirar, pude apreciar perfectamente cómo hundía sus dedos armados de negras uñas en los riñones de una desdichada liebre, y como, de un solo golpe de su robusto pico, partía el cráneo del roedor. Era, os lo aseguro, cosa horrible de ver, e involuntariamente me acordé de esas historias de niños arrebatados por águillas, historias que siempre me han parecido cuentos, pero que no por eso dejan de ser verdaderas y espeluznantes.

Un rumor de alas me hizo levantar la vista. Otra rapaz, un poco más pequeña y de pluma más clara, llegaba volando con una velocidad que me pareció no bajaría de 3 kilómetros por minuto. Creí que vendría a arrebatar al águila su presa, o cuando menos a participar de ella; pero el cabrero me sacó de mi error, diciéndome:

—Esta es la hembra. Vino hace tres



Las águilas cazando liebres. (Cuadro de A. Thorburn)

días, y ya están haciendo el nido. Habrá visto que el macho está cazando en el valle, y viene á cazar ella también. Cada uno se busea la comida por su cuenta.

Así era. El macho, sin hacer el menor caso de su compañera, volvió á remontar el vuelo con la liebre entre las garras, y parándose en un alto penón, sujetó el cuerpo aún caliente del animal contra la roca con una pata, y con el pico empezó á arrancar sanguinolentas piltrafas. En pocos minutos acabó. Sólo dejó los huesos, el pellejo y los intestinos. Luego, de un solo vuelo, bajó otra vez al valle y posó en el suelo, junto al arroyuelo que llegaba serpenteanado desde las escabrosidades de la sierra. Supuse que iba á beber, porque no sé dónde lef que todas las águilas lo hacen sien-

pre después que han comido. El cabrero, sin embargo, me dijo que debían hacerlo pocas veces, pues él nunca las había visto bebiendo. ¿Para qué iba, entonces, al agua? Segundo pude ver con los gemelos había ido á lavarse.

## Un nuevo ómnibus eléctrico

La vida actual se caracteriza por la rapidez de los medios de transporte. Todo está dispuesto para responder á esa necesidad de grandes velocidades que tiene su origen en nuestro vertiginoso cerebro y martillea nuestras venas: la vida intensa que llevamos no admite otro reposo que el del sueño, ya más abreviado de lo que aconseja la prudencia.

Es difícil decidir si esta necesidad se ha determinado por sí misma ó si la han traído los progresos de la ciencia; lo cierto es que ya no puede ser más imperiosa.

Las aplicaciones de la electricidad se hacen cada día más variadas y permiten realizar fantasías que antes ni siquiera pasaban por la imaginación. Nada es imposible en el mundo de la ciencia cuando tiene á sus espaldas la industria, que aquella todas las adaptaciones útiles de cualquier descubrimiento.

El tramway, el ferrocarril eléctrico, eran hasta hoy los sistemas de locomoción más rápidos y prácticos. Ahora está en uso en Viena otro sistema, representado en la fotografía adjunta. Se trata de un ómnibus eléctrico que no camina sobre rieles, ni lleva la energía necesaria para su marcha encerrada en acumuladores. La novedad de la aplicación es ésta: que el nuevo ómnibus, sin tener vía férrea, está provisto de un troley largo y muy flexible, con el cual to-

ma la energía eléctrica del hilo que está tenso en el aire en medio de la vía.

Fácil es comprender la importancia práctica de esta innovación; abolición absoluta de los enormes gastos de cons-



Un nuevo sistema de ómnibus eléctricos en ejercicio en Viena

trucción de la vía férrea, supresión de los cambios; imposibilidad, en principio, de los encuentros y choques; facilidad de seguir la corriente de movimiento de las vías urbanas, sin sufrir esas detenciones de circulación, que son demasiado frecuentes en las grandes ciudades. En Viena, esta clase de ómnibus está dando los mejores resultados.

